

EDITORIAL

EL HOSPITAL DE JESUS Y SU SENTIDO HISTORICO

Destruida la gran Tenochtitlan, Hernán Cortés levantó la ciudad de México sobre las ruinas de la capital azteca. Nos cuenta Bernal Díaz del Castillo que el capitán "estaba siempre entendido en la ciudad de México que fuese muy bien poblada de los naturales mexicanos como de antes estaba; y les dio franquezas y libertades... y cuidó de que en la población de los españoles tuviesen iglesias y hospitales de los cuales cuidaba el buen padre Fray Bartolomé de Olmedo, y había él mismo recogido en un hospital a todos los indios enfermos y los curaba con mucha caridad."

Hubieron de pasar más de dos años, a partir del 13 de agosto de 1521 para que la nueva ciudad de México fuera habitable. La verdadera capital de la Nueva España era Coyoacan. Ya en el año de 1524 se habían levantado los principales edificios y estaba funcionando el Ayuntamiento de la Nueva Ciudad, de la cual se conservan las "Actas de Cabildo".

Por ellas sabemos que el 28 de abril de 1525, "Juan de la Torre dixo: que pedía un solar que era de Rodrigo

de Morejón, que es en la calle de Iztapalapa (hoy avenida Pino Suárez) linderos del Hospital”.

Ese hospital, de la calle de Iztapalapa, era el Hospital de Nuestra Señora o de la Limpia Concepción, llamado de Jesús desde 1664. Es el más antiguo de América. Cuando fue establecido por orden y a costa de Hernán Cortés en 1524, ya se habían levantado hospitales en Santo Domingo, en Puerto Rico y en Cuba, pero de ellos no se conservan sino referencias escritas. Si acaso, las ruinas de la primitiva y abandonada construcción. Todos han desaparecido. Queda pues a la ciudad de México el privilegio de conservar un hospital que fue levantado antes de que Pizarro conquistara el Perú y que los peregrinos ingleses fundaran las primeras colonias que dieron origen a los Estados Unidos de América.

Es un noble edificio con dos patios en cuadro, unidos entre sí. Al piso alto, sostenido por pilastras, se llega por una escalera monumental común a ambos patios y galerías. En los muros del corredor, aún se conservan pinturas al fresco ejecutadas durante los primeros años: retratos de personajes y un friso también pintado al fresco, con temas decorativos mezcla de gótico y gútesco, con mucha semejanza a los grabados de la Biblia de Nuremberg. Los artistas, no cabe duda, eran indios, e imprimieron en su obra rasgos que traen a la memoria los antiguos códices.

Hernán Cortés dictó su testamento en 1547. En él ordenaba expresamente que el edificio, que aun inconcluso ya desempeñaba sus nobles funciones, se terminara a su costa, así como su capilla mayor, según el proyecto de el “giumétrico” Pedro Vazquez, según modelo hecho en

madera. Su planta estaba de acuerdo con la del hospital de “Las Cinco Llagas” en Sevilla. Sin embargo, es impresionante la notable semejanza del Hospital de Jesús con el Hospital de Tavera en Toledo, que he tenido oportunidad de visitar.

En el siglo XVI, la casa debió parecer grandiosa. Los hospitales entonces, se levantaban como si fueran verdaderos palacios. El hospital era la “Casa de Dios” (*Hôtel-Dieu* se decía en Francia); era el sitio destinado a cuidar al prójimo en nombre de Jesucristo, como si el propio enfermo fuera Jesucristo.

El cronista Cervantes de Salazar decía, en 1554, que los enfermos gozaban “de la caridad y esmero, como no están asistidos los ricos en su propia casa, que los hombres en él.”

Miguel León Portilla ha señalado recientemente, que el hospital no fue construido para atender exclusivamente españoles. También, o mejor dicho, preferentemente, se atendían los indios que habían sufrido inmensamente cuando la fase guerrera de la Conquista y las plagas funestas que le siguieron, las que tan dramáticamente describe Fray Toribio de Benavente, Motolinía.

Opina León Portilla que entre los médicos los había indios “antiguos y experimentados en el arte”, que tenían conocimiento de la acción de las distintas plantas medicinales, de acuerdo con sus ideas.

Ya a mediados del siglo XVI, Bernardino Alvarez, antiguo soldado que había hecho una gran fortuna, decidió dedicar su vida al cuidado de los enfermos. A costa suya reparó las enfermerías del hospital, pero además se dio cuenta, de que los enfermos debilitados y sin trabajo, salían del hospital convalecientes. En tales condiciones, estaban casi irremediable-

mente destinados a la vagancia y a vivir de la limosna o del hurto.

Por eso fundó Bernardino Alvarez el Hospital de Convalecientes de San Hipólito, que después estuvo destinado de preferencia a los dementes, iniciando así la atención neuropsiquiátrica en México.

Cabe pues al Hospital de Jesús el haber sido el sitio donde ese apóstol de la caridad llamado Bernardino Alvarez, pensó y empezó a llevar a cabo su misión de atender con un criterio moderno, al desajustado social.

Hay otro episodio ya conocido, pero que debemos repetirlo. Las Constituciones de la Universidad, establecidas por don Juan de Palafox y Mendoza, señalaban que "cada quatro meses se haga Anatomía en el Hospital Real de esta Ciudad, á que tengan obligación de asistir todos los Catedráticos de Medicina, y Cursantes de ella, pena á los Catedráticos de cincuenta pesos, y á los cursantes de perder los cursos de aquel año. . ."

En vista de eso, el maestro Juan de Correa, en unión de Andrés Martínez de Villaviciosa, "puso en ejecución por sí mismo de lo que jamás se había hecho en México, que fue una anatomía en el Hospital de Nuestra Señora". Acontecimiento tan importante en la enseñanza médica tuvo lugar en el Hospital de Jesús el 8 de octubre de 1646.

Varias anatomías se efectuaron después. Acaso la más interesante fue la del andaluz Pedro Valderas que había muerto de "disentería de cursos". El hígado, "el lugar que correspondía a la vexiga de la hiel, se encontró mortificado", es decir, supurado, lo que hace pensar en uno de los primeros casos de absceso hepático.

Numerosos médicos distinguidos durante el virreinato asistían al hospital,

entre otros Diego Osorio Peralta, autor de un pequeño tratado de anatomía. La nómina de médicos del hospital sería grande y en la actual ocasión, inoportuna.

A principios del siglo XIX, el hospital tuvo un quebranto económico. Buena parte de sus capitales estaban impuestos en hipotecas. Un real decreto enajenaba los capitales, los cuales pasarían a los bienes de la Corona y serían canjeados por vales.

Las guerras ruinosas que tuvo España con Inglaterra primero, más tarde con Francia y nuestra independencia política, hicieron imposible hacer efectivos los mencionados vales. La crisis económica fue más grave en 1833, cuando don Valentín Gómez Farías mandó que los bienes del Duque de Monteleone, es decir del patrono del hospital, fueran aplicados a la Dirección de Instrucción Pública.

La vigencia de este decreto fue transitoria; sin embargo, la mala situación del hospital fue inmensa, al grado que hubo de clausurarlo temporalmente. Pero pudo reanudar su noble misión gracias a las gestiones que hizo don Lucas Alamán.

La categoría de los médicos del Hospital de Jesús ha hecho que no sea exclusivamente instituto de atención al enfermo, sino también de enseñanza. No debe llamar la atención que los jóvenes estudiantes acudieran a ese hospital para practicar al lado de médicos muy distinguidos.

En los documentos que tiene el Archivo Histórico de la Facultad de Medicina se encuentran las listas de los estudiantes que trabajaban en los hospitales. En 1853, según lista firmada por el administrador, don Vicente del Villar, trabajaban como practicantes Angel Iglesias, José María Barragán, Antonio Aguirre, Ladislao Paulín, Manuel Carmona y Valle y Lázaro Ortega.

Don Angel Iglesias, cuando llegó a ser médico, era una figura distinguidísima. Trajo a México el oftalmoscopio, que fue utilizado y divulgado por su compañero del hospital, Manuel Carmona y Valle. Además fue un adalid de la vacuna. Para evitar los riesgos de la vacuna "de brazo a brazo", propagó la vacuna de ternera, llamada vacuna animal.

Manuel Carmona y Valle fue prócer destacado en la clínica y en la docencia en México. Estudió fisiología en París al lado de Brown-Sequard. Es pionero en nuestros trabajos fisiológicos. A fines del siglo XIX era profesor de clínica en la Escuela de Medicina, y después director de la misma. Con poca fortuna hizo estudios sobre la fiebre amarilla, lo que le valió ataques que fueron muy injustos, ya que esa misma poca fortuna la tuvieron la mayor parte de los investigadores antes de que Finlay descubriera el papel del mosquito en la transmisión de esa epidemia, que fue confirmado más tarde por Reed y Gorgas.

En cuanto a Lázaro Ortega, era miembro de una eminente familia de médicos y artistas, emparentada con el doctor Rafael Lucio.

Hoy día, la vieja casa que supo de la conquista y del conquistador y que, sin cesar, durante cuatro siglos y medio ha aliviado el dolor y evitado muchas veces

la muerte, además de ser el hospital más antiguo de América, desde el punto de vista técnico es de los más modernos.

El sentimiento me incita a hablar del maestro Gonzalo Castañeda, distinguido académico y presidente de la Academia Nacional de Medicina. Fue director, cirujano y ginecólogo del hospital. Sería interminable la lista de los médicos que pasaron por las salas del Hospital de Jesús y se forjaron a su lado, escuchando sus enseñanzas y atendiendo a sus exigencias a favor del servicio hospitalario y del aprendizaje.

Desde hace años, es patrono el doctor Gustavo Baz, que fue también presidente de la Academia. Su tesis profesional trató acerca de suturas vasculares, según la entonces modernísima técnica de Carrel. Con ese motivo, Gustavo Baz hizo un transplante del riñón en el perro, primero que se efectuó en México. El perro sucumbió después de varios días, pero mucho fue lo logrado, teniendo en cuenta los limitados recursos de que entonces se disponía.

Hoy día, el hospital tiende a proyectarse y extenderse cada vez más, de acuerdo con el actual pensamiento de asistencia social.

FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO